

EPILOGO

El examen de cuanto ha derivado de las actividades alfareras realizadas desde remotas épocas en el ámbito territorial de nuestra Euskalherria, puede darse por terminado con lo que acabamos de recoger acerca de la producción azulejera vasca, ya desaparecida en los momentos actuales.

Al examinar los múltiples productos obtenidos aquí mediante el ejercicio de tales actividades, resulta fácil comprobar que su ciclo evolutivo, desde los lejanos comienzos de las mismas, ha estado siempre sometido a la problemática creada por los cambios culturales —multiformes, heterogéneos y de orígenes ampliamente variados— acaecidos a lo largo de los siglos iniciados en la Prehistoria y desarrollados sin interrupción hasta alcanzar la época actualmente vivida; y es natural que así haya sucedido, pues el territorio euskaldun ha sido y es zona de paso para las innumerables corrientes civilizadoras encaminadas hacia la Península ibérica. Estimamos basadas en ese paso las sucesivas modificaciones de la cultura y el correlativo cambio de las características propias de los productos cerámicos vascos, admitiendo (contra la opinión de algunos Investigadores) que existe una interrelación entre la evolución cultural y la experimentada por las vasijas de barro en el correr de los tiempos.

Por considerarlo al margen del propósito que ha servido de base al estudio de tales vasijas en el País Vasco, renuncio a examinar las particularidades de la mencionada interrelación, ya aludida reiteradamente en los capítulos precedentes; pero sin embargo, quiero adicionar al contenido de estos algunas conclusiones, fácilmente deducibles de cuanto hasta ahora ha sido expuesto en las páginas que anteceden.

Y como primera de tales conclusiones, creo posible afirmar que salvo el bache correspondiente a los primeros siglos del dominio musulmán, ha existido una absoluta normalidad en el ciclo evolutivo de la cerámica vasca, estando este adaptado siempre a los diversos condicionamientos impuestos a las poblaciones humanas sucesivamente establecidas sobre el ámbito vasco peninsular. Esos pobladores, que en un principio utilizaron —y seguramente confecciona-

ron ellos mismos— cerámica utilitaria tosca, elemental en cuanto a sus formas y pobremente decorada, perfeccionaron paulatinamente sus vivencias y mejoraron también, al mismo tiempo, la calidad material y estética de las vasijas utilizadas para atender las necesidades fundamentales incluidas en el marco natural de dichas vivencias. De la terracota rudimentaria, mal modelada y mal cocida, se pasó a la confección de loza basta correctamente elaborada, alcanzándose luego, progresivamente, el uso de lozas cada vez más finas; y de la utilización de éstas derivó más tarde el empleo de cerámica noble, producida en esta zona y elaborada por gentes del país: en el elenco de la producción alfarera euskara no falta pues ninguno de los tipos clásicos procedentes del ejercicio de tal actividad.

Sin embargo, en el conjunto de esa producción ni uno solo de sus tipos ha existido con marcada abundancia; y ello se debe, con toda probabilidad, a que los artesanos de esta región peninsular, ocupados en otros menesteres más perentorios e indispensables —y quizá también más productivos— solo han dedicado una mínima atención a las tareas propias de la alfarería popular: recordemos que la artesanía ha sido, a través de los siglos, una respuesta a la vez utilitaria y artística, a las demandas planteadas por las necesidades de los grupos sociales de cada época. Y en nuestro territorio, esas necesidades respecto de la cerámica han estado restringidas durante mucho tiempo, a causa de la naturaleza económica del medio y por la acusada sencillez del modo de vivir.

Por otra parte, se observa la falta de un estilo capaz de imprimir a la cerámica vasca algunos caracteres individualizantes suficientemente netos y adecuados para servir como elementos diferenciales respecto de la procedente de otras zonas peninsulares extrañas a este país: quizá ello se debe a que la producción de vasijas de barro se ha visto excesivamente afectada a causa de la influencia ejercida sobre ella por la continuada acción procedente de los centros cerámicos colindantes, y en especial por la proviniente de los situados en Navarra, en Aragón o en la Meseta central hispana. En cambio, puede afirmarse que si bien solo se conocen unos pocos galbos de nuestra cerámica indígena dotados de características propias, en la procedente del territorio vasco aparecen la mayoría de los tipos existentes en el resto de España, y posiblemente con una variedad mayor de la imaginable según una primera impresión.

De cuanto se ha indicado deriva también, como consecuencia natural, la afirmación de que a los artesanos euskaros no les han faltado aptitudes para la producción alfarera, en todos los estilos y variedades de la misma, e incluso en sus niveles más refinados; pero a pesar de ello, aparte de una fábrica de porcelana selecta, totalmente industrializada, solo quedan hoy en las tres provincias vascas unos pocos alfares artesanos, cuya actividad productora está, lamentablemente, en progresiva decadencia. A sus labores, netamente populares, solo puede añadirse la de un reducido número de obras incluidas en el arte alfarero y procedentes de los talleres regentados por algunos artistas regiona-

les, implicados en esa actividad como complemento de otros quehaceres de mayor nivel y más general aceptación.

Cabe suponer, fundadamente, que el hecho reseñado se debe, sobre todo, a las especiales características culturales, sociales y económicas de la actual sociedad de consumo. El conjunto de todas ellas, al incidir desfavorablemente sobre la producción de los alfares populares, ha yugulado, cada vez con mayor intensidad, no sólo el desarrollo sino también el normal ejercicio de las venerables tareas de la artesanía cerámica, tan remotas en su origen y con tan hondas raíces en las tradiciones de todos los pueblos peninsulares. Estimamos como tarea muy meritoria y deseable la de promover una acertada reacción contra la adversa situación actual del panorama ofrecido por la alfarería artesanal en todo el territorio de la piel de toro hispana; y deseamos fervientemente que pueda renacer la producción de vasijas de barro marcadas con el sello tradicional de nuestros viejos estilos alfareros, de los cuales ha procedido para nuestro país una parte muy valiosa e importante de su crecido prestigio en el campo de las artes populares.

Sería especialmente grato ver resurgir, en un próximo futuro, centros productores cerámicos como los de Vitoria, muy activos en el siglo XVIII, o como los posteriormente ubicados en Busturia y en Pasajes, que fueron capaces de elaborar piezas de crecido mérito, siempre bien acogidas por la demanda interior y exterior de esta clase de artículos, encadenados con lazos invisibles, pero de inusitada solidez, con el devenir histórico de las gentes vascongadas. De ese anhelado resurgimiento —creador de un interesante puente entre el pasado y el futuro— derivaría, sin duda, un nuevo motivo de prestigio para el variado y permanente acontecer de esta siempre laboriosa y a la vez tradicional y progresiva Euskalherria.